

Biblioteca
 606
DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
 Calle del Duque de Alba, n. 13.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

- El Page de Woodstock, en un acto.
La Barbera del Escorial, Id.
El derecho de primogenitura, Id.
¡Un buen marido! Id.
La vida por partida doble, Id.
Percances de la vida, Id.
El maestro de escuela, Id.
El Rey de los criados ó acertar por carambola, en dos actos.
La Hija de mi tío, Id.
El perro del castillo, Id.
Un pariente millonario, Id.
Los pupilos de la Guardia, Id.
La Modista alfez, Id.
Un Avaro, Id.
El Guarda-bosque, Id.
El Diablo nocturno, Id.
Un día de libertad, en tres actos.
La Abadía de Penmarek, Id.
El vivo retrato, Id.
El Diablo y la bruja, Id.
Deshonor por gratitud, Id.
- Casarse á oscuras, en 3 actos.
El novio de Buitrago, Id.
Jorge el Armador, en cuatro actos.
Fausto de Underwal, en 5 actos.
Los Prusianos en la Lorena ó la honra de unadre, Id.
La Hermana del Carretero, Id.
La corona de Ferrara, Id.
En la falta vá el castigo, Id.
Un casamiento con la mano izquierda, 2 actos.
Uno de tantos bribones, en 3.
Las huérfanas de Amberes, en 5.
Mas vale tarde que nunca, en 1.
La cocinera casada, en 1.
Tom-Pous, ó el marido confiado, en 1.
Dos contra uno, en 1.
El marido de la Reina, en 1.
La hija del Regente, en 5.
Reinar contra su gusto, en 3.
Los Mosqueteros, en 6 actos.
La Reina de Francia, en 1 acto.
- Con todos y con ninguno, en 1 acto.
El castillo de S. Mauro, en 5 actos.
Los dos extremos, en 3 actos.
El Tarambana, en 3 actos.
ORIGINALES.
Perder el tiempo, en un acto.
El marinero, ó un matrimonio repentino, Id.
Un error de ortografía, Id.
La joven y el zapatero, Id.
Una Conspiracion, Id.
Tanto por tanto ó la capa roja, Id.
Un casamiento por poderes, Id.
Estudios históricos, Id.
En la confianza está el peligro, en 2 actos.
Juan de las Viñas, Id.
Mateo el Veterano, Id.
El médico de su honra, en 3 actos.
Valentina Valentona, en cuatro actos.
Los infantes de Carrián, en 3.
La Posada de Currillo, 1 acto.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Reinar contra su gusto.

Comedia de gracioso en tres actos, arreglada á la escena española por D. RAMON DE NAVARRETE, estrenada en el teatro del Príncipe, el 7 de Junio de 1846.

Es propiedad de D. Vicente de Lalama, Editor de esta BIBLIOTECA, la cual se publica en Madrid, calle del Duque de Alba, n. 13, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de mayo de 1837, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se hallará de venta en Madrid, en las librerías de Perez y Jordan, calle de las Carretas, Viuda de Razola, calle de la Concepcion, y Castan, calle del Principe, á 3 rs. las de un acto, y á 4 las de dos ó mas actos.

Con el objeto de fomentar en lo posible la aficion al bello arte de la declamacion, permite el Editor, que toda Sociedad ó Liceo donde se encuentre instalada la seccion dramática, pueda representar esta y las que formen la coleccion, siempre que preceda la licencia del Editor en Madrid, ó de sus correspondientes en las provincias, y el abono de seis ejemplares para la seccion.

PERSONAJES.

ACTORES.

JOCCELYN, comerciante retirado D. Julian Romea.
MARGARITA, su hija. D.^a Plácida Tablares.
REINALDO DE HOUDREVILLE, comendador de la orden de Malta. D. Pedro Sobrado.
ADALBERTO, su sobrino D. Antonio Lozano.
JUANILLA, criada de Jocelyn D.^a Teodora Lamadrid.
DANIEL, molinero. D. Florencio Romea.

Caballeros de Malta, habitantes de Ivetot, etc.

La escena pasa en Ivetot, en 1580.

ACTO PRIMERO.

Una sala: á la derecha un balcon: puertas en el fondo y á los lados. — A la izquierda una mesa, un cofre, y un gran sillón de cuero.

ESCENA I.

ADALBERTO solo.

(Al levantarse el telon, sale por el fondo, y corre á mirar por el balcon.) No me engaño..

ese hombre que me seguia... que parecia espíarme, está ahí aun! Ah! Se aleja... le veo desaparecer... (apartándose del balcon.) Vamos, me alarmaba sin motivo. La casualidad sin duda es la que le ha conducido aqui. Sí, sí, no mas miedo, no mas terror, y no pensemos sino en Margarita, en la felicidad que me espera.

ESCENA II.

Dicho y JUANILLA.

JUA. (dejando sobre la mesa el cesto que traia en la mano.) Hola, sois vos, señor Adalberto?

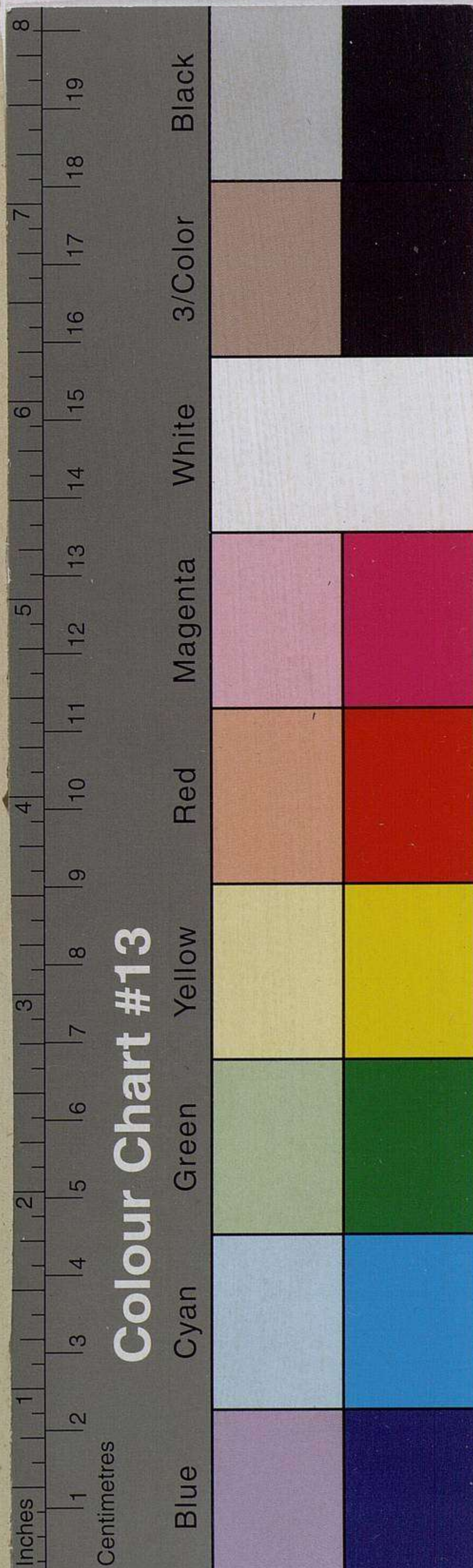
ADA. Buenas tardes, Juanilla. Vive Dios que nunca te habia visto tan linda ni tan risueña.

JUA. Y yo tampoco os he visto nunca mas alegre!... Qué cambio! Dos meses ha, cuando vinisteis á Ivetot, no os atreviais siquiera á levantar la cabeza; os ruborizábais si se os hablaba, y en fin erais tan tímido..

ADA. Que parecia un tonto, no es verdad? Qué quieres, amiga! Como me destinaban á la vida religiosa, al celibato...

JUA. A vos?

ADA. Y desde por la mañana hasta por la noche no hacian mas que predicarme sobre el silencio, la devocion... pintarnos el mundo como un infierno, y las mugeres como demonios...



JUA. (*sonriéndose.*) En cuanto á eso, podrian no ir muy descaminados.

ADA. En todo caso son demonios muy bonitos, y no creo condenarme amando á Margarita.

JUA. Ya lo creo! Si ella es un angel!

ADA. Asi, su primera mirada me hizo estremecer; pronto comprendí que mis maestros solo habian tratado de asustarme; y conoci cuan cruel me seria la vida de aislamiento á que me querian sentenciar. Amar á una muger, Juanilla.. ser amado de ella.. eso es respirar, eso es vivir!..

JUA. Qué tal! Que digan aun que el amor no obra maravillas! Hace dos meses era un pobre novicio!

MAR. (*dentro.*) Juanilla! Juanilla!

ADA. (*con alegría.*) Margarita!

ESCENA III.

Dichos, MARGARITA.

MAR. Ah! señor Adalberto...

ADA. Señorita...

MAR. Ay! Juana, si vieses que preciosas flores han plantado debajo de mi ventana!

JUA. Y no adivináis quién es el jardinero?

MAR. (*bajando los ojos.*) No, Juana.

JUA. Voy á ayudaros, señorita; el que lo ha hecho no ha olvidado que mañana es vuestro dia, que es Santa Margarita; para colocar las flores allí le ha sido necesario atravesar, á riesgo de herirse veinte veces, la cerca de espinos...

MAR. (*vivamente.*) Adalberto! Qué imprudencia!

JUA. (*sonriendo.*) Hola! Pues no deciais que ignorabais?...

MAR. No tengo que agradecerle todos los dias alguna atencion nueva?

ADA. Os amo tanto, Margarita! Asi, esta noche misma, antes de cenar, voy á pedirle vuestra mano á maese Jocelyn, vuestro padre.

JUA. Poquito á poco, señor mio; vais demasiado de prisa.

MAR. Por qué, Juanilla? Qué hay que temer?

JUA. Toma! Maese Jocelyn..

ADA. Es un antiguo comerciante de paños de Ruan, y me parece que no tendrá grandes pretensiones...

JUA. Sin duda; pero ese antiguo comerciante es ahora el ciudadano mas rico de Ivetot; y el señor Adalberto, á quien yo estimo infinito, solo es, segun me ha dicho, un pobre huérfano.

MAR. Razon mas; no comparte mi padre sus bienes con todo el mundo?

ADA. Asi no hay un habitante de la ciudad que no ruegue al cielo por él; no puede presentarse en parte alguna sin que al momento le rodeen hombres y mugeres para bendecirle!

JUA. Es cierto; mas quién os dice que con sus

riquezas no haya pensado en casar á su hija con un capitan de armas, con un caballero, ó quizás con un baron?

MAR. Es imposible! Mi padre es tan sencillo, tan bueno!

ADA. Yo soy el yerno que necesita. Ademas, en el tiempo que habito la torrecilla del jardin, que le tengo alquilada para ver si asi le conquisto, yo soy el que le acompaña cuando trinca, y Dios sabe si le acompaño con frecuencia! Luego escucho y repito sus estribillos; de modo que segun él mismo me dice, soy un buen camarada.

MAR. Añade que le habeis hechizado.

JUA. Todo eso no prueba que os otorgue lo mas precioso que posee. (*se dirige á la mesa, y principia á ponerla.*)

MAR. Por mas que diga Juanilla, yo tengo excelentes noticias.

ADA. Pues hablad, hablad, Margarita!

MAR. Ayer, en cuanto os separásteis de nosotras, yo me quedé pensativa, melancólica; entonces creí notar que mi padre me miraba sonriendo; despues se acercó á mi y me dijo: «Margarita, ¿acaso soy yo un Neron, ó un hombre que se come los niños crudos? Por qué no se fian de mi? Por qué no vienen, por qué no me hablan?» Y sus ojos se dirigian hácia la torrecilla que habitais.

ADA. Cómo! Margarita, eso dijo? En efecto, tiene razon; para obtener, es preciso solicitar. Hoy mismo le diré: «Maese Jocelyn; yo adoro á Margarita; para mi felicidad, para la suya, para la vuestra, decid, Sí, y corremos á la iglesia; luego se llama á los músicos, y tendremos una boda muy alegre, muy divertida, como á vos gustan; y vive Dios que nadie se arrepentirá de lo hecho.»

JUA. Silencio, aqui viene el amo, y tan contento como suele.

ESCENA IV.

Dichos, y JOCELYN.

Joc. Qué, Juanilla, no has puesto todavía la mesa? No has sacado aun la cidra? Acaso el señor cura habrá suprimido las cenas en su parroquia?

JUA. (*acabando de arreglar la mesa.*) Oh! no! Ama demasiado á sus ovejas para hacer tál!

Joc. Y vos, querido huésped, cenareis con nosotros. No digais que no, porque es cosa decidida. Vamos, despachemos, Juanilla, despachemos, porque tengo un asunto importante esta noche; una cita en casa de Andrés el tabernero, lo cual me obligará á recojerme tarde, cosa que siento, porque no lo acostumbro. Mas qué se ha de hacer!

ADA. Y con qué objeto es esa cita?

Joc. No vá ya para un mes que se recibió la noticia de haber muerto nuestro pobre señor, el Rey de Ivetot?

MAR. (*á Adalberto.*) El que habia ido á la tierra santa á cumplir un voto.

JOC. Sí; mejor hubiera hecho en estarse quietecito... evitándonos no pocos conflictos... pues no deja heredero, y nos vemos obligados á elegirle nosotros.

ADA. Y en quién han puesto los ojos?

JOC. Aun no han podido entenderse. Unos quieren al Conde de Evreux; otros desean entregarse á nuestros vecinos los poderosos caballeros de Malta. En cuanto á mi, no he pensado en nadie hasta ahora.

MAR. A no ser por eso, ya hace tiempo que tenia resuelta la cuestion.

JUA. (*siempre poniendo la mesa.*) Ya lo creo. Maese Jocelyn es el gallito de la ciudad; y no tendria mas que decir una palabra...

JOC. Por otra parte, hijos míos, á mi me importa muy poco, con tal de que me dejen en paz beber bien, comer bien, y dormir bien; de lo demás se me dá un bledo. Sin embargo, confieso que me inclino á los caballeros de Malta.

ADA. (*vivamente.*) De veras?

JUA. Es singular!

JOC. Son nuestros vecinos mas próximos... y guerreros consumados. Hace ya mucho tiempo que tienen pretensiones acerca de nuestro pobrecito reino... y mas vale entregarnos que ser conquistados... pues yo confieso que tengo un poco de asco á la guerra.

ADA. El conde de Evreux es un señor poderoso tambien; quien mejor que él os defendería, y os protegería?

JUA. (*acercándose y secando un plato.*) Esa es igualmente mi opinion. Los caballeros de Malta serán todo lo valientes que querais, pero son tan tristes, tan severos!

MAR. Su gefe en especial; el comendador Reinaldo de Houdeville... Aseguran que tiene una rigidez...

JUA. Y luego hombres que por su estado deben aborrecer á las mugeres. No es asi, señor Adalberto?

ADA. (*turbado.*) Yo no sé... ignoro...

JUA. Mientras que con el conde de Evreux tendríamos una corte brillante, fiestas, torneos.. no daría una un paso por Ivetot sin encontrar un príncipe, un duque, un conde, un baron, con trajes tan lujosos, tan bonitos... Yo me perezco por esas cosas! Y vos, maese Jocelyn, gracias á vuestras riquezas, podríais comprar un feudo, llegar á ser noble, y pasearos por las calles en una litera dorada.

MAR. (*sonriéndose.*) En litera dorada, padre mio!

JOC. Hace muchos dias que lo pienso... esa muchacha está loca. ¿Quién te mete semejantes ideas en la cabeza?

JUA. (*con orgullo.*) Una voz que me dice que yo no he nacido para ser siempre villana... que yo debo subir...

JOC. Con tal de que no sea á la horca!.. Entre-

tanto es menester bajar... á la bodega. Traeme tres frascos de la cidra mas vieja...

ADA. Eso es... nada será demasiado para celebrar un dia como este... la vispera de Santa Margarita!

JOC. Ay! Dios mio! Se me iba á olvidar hacerte mi regalito; porque me he acordado de ti, Margarita! Sí, hija del alma, he buscado lo que debe agradarte mas, lo que prefiere toda muchacha de diez y siete años.

MAR. Y qué es?

JUA. Apuesto á que son ricos encajes.

JOC. Te equivocas. A que no lo adivináis? Y con todo es tan fácil... tan natural!

ADA. Joyas?

JOC. No.

MAR. Un vestido de seda?

JOC. No.

JUA. Ya caigo: un collar!

JOC. Menos.

JUA. Qué flema! Vamos, acabad!

MAR. Es una broma!

ADA. Yo no acierto!...

JOC. Pues bien, queridos; lo que mas desea una muchacha á los diez y siete años... es un marido!

ADA. (*con espanto.*) Un marido!

MAR. (*lo mismo.*) Un marido!

JUA. (*sorprendida.*) Un marido!

JOC. El cual tengo buscado ya...

ADA. Gran Dios!

JOC. (*sonriéndose despues de haber observado la emocion de ambos.*) A que tampoco adivináis quién es?

MAR. Yo.. ciertamente... no...

JUA. Vamos, hablad, hablad.

JOC. Pues bien... ese es! (*señalando á Adalberto.*)

ADA. (*queriendo arrojarle á sus pies.*) Señor!

MAR. Qué oigo!

JOC. Vosotros no os atreviais á hablar... luego yo debia hacerlo.

ADA. Cuan bueno sois!

MAR. (*acariciándole.*) Padre mio!

JOC. Picaruela! Qué contenta te has puesto! He elegido bien mi regalo, si ó no?

MAR. (*vivamente.*) Si... si... si señor.

JOC. Me rejuvenece veros tan alegres, tan felices... y me acuerdo de cuarenta años atrás, cuando hacia el tonto con mi muger... Yo era tan tímido como una ovejita... En cambio ella tenia resolucion por los dos.— Con que, amigo mio, vuestra es mi Margarita; id corriendo á casa del señor cura para que lo vaya preparando todo; porque á mi me gusta acabar pronto las cosas.

MAR. Y yo voy á dar gracias al cielo!

JOC. Id, pero no tardeis en volver, porque la cena nos aguarda. En celebridad de este suceso voy á dejar secas veinte botellas. Id, hijos míos, id!

MAR. (*con ternura.*) Adios, Adalberto.

ADA. (*desde la puerta.*) Adios, Margarita!

ESCENA V.

JOCELYN, JUANILLA.

JOC. Pobres chicos! Qué dichosos son! Y cómo vamos á divertirnos en la boda! Nosotros tambien bailaremos, Juanilla; yo quiero dar contigo cuatro brincos, bribona! (*la dà un capirotazo.*)

JUA. No digo que no; mañana estaré tan alegre como los demás.

JOC. Y por qué hoy no?

JUA. No es que yo quiera mal al señor Adalberto, todo lo contrario; pero en mi opinion hubierais podido elejir para la Señorita un partido mas brillante.

JOC. Vuelta con tu ambicion! Todos los dias te lo repito; eres demasiado aficionada á las grandezas, chiquita.

JUA. Y vos no lo sois bastante. Eso es lo que os decia sin cesar nuestro amo y señor el Rey de Ivetot, y habriais hecho muy bien en seguir sus consejos, una vez que él no ejecutaba nada sin consultaros. ¿Por qué os negásteis á lo que os propuso, á gobernar el reino durante su ausencia? Es tan agradable ser favorito de un Rey!

JOC. De un Rey... de un Rey! En primer lugar, no valía gran cosa el tal título; uno de los antepasados del último tuvo cierta vez el capricho de hacerse llamar Rey, y se les ha dejado esa dignidad á sus descendientes por costumbre y por cortesía.

JUA. No importa; durante su viaje, en vez del gran bailío que le representa, y á quien todo el mundo aborrece, hubierais sido vos el amo aqui.

JOC. Y para qué? Le hace á uno eso mas feliz? Acuérdate de nuestro difunto señor; nadie le vió sonreirse nunca. Me acuerdo mucho del dia de su marcha... Los dos teniamos tristes presentimientos... y el pobrecito me estrechó en sus brazos con un ahinco!

JUA. Todavía me parece que le estoy viendo.... Yo me hallaba ahí... y noté que os dijo algunas palabras en voz baja, entregándoos una cajita, que desde entonces ha quedado encerrada en ese cofre. Y qué contendrá la dichosa cajita?

JOC. Nada, nada!

JUA. En ese caso, por qué no me la dejais ver?

JOC. Porque es inútil.

JUA. (*ap.*) Pues juro que hoy mismo me he de cerciorar...

JOC. Vamos, piensa en tus quehaceres; Adalberto no tardará en volver... Con que preparanos uná cenita decente.. como que es un banquete de boda. Juanilla, te ries?

JUA. Sí, porque pienso que tal vez muy pronto tenga yo que disponerlo para mi.

JOC. Acaso tienes novio? Quiéres abandonarme,

ingrata?

JUA. Cáspita! No se ha de quedar una eternamente soltera!

JOC. Yo no exijo cosas imposibles... Sin embargo... mira, Juanilla... si te se presenta alguno á pedirte tu corazon y tu mano... no te des mucha prisa á concedérselos.

JUA. (*con curiosidad.*) Vaya! Y por qué me encargais eso?

JOC. (*yendose.*) Ya lo sabrás mas tarde.— Con que hasta luego, querida; acuérdate bien de lo que te he dicho acerca de los novios... no te des prisa... entiendes? No te des mucha prisa. (*vase.*)

ESCENA VI.

JUANILLA, sola.

No me dice mas que eso... y es bastante. Hace mucho tiempo que le veo venir!... Y habia de olvidar yo al pobre Daniel, á mi amante? Verdaderamente no es mas que mozo de molino... pero he ahí su único defecto, porque es jóven, bien parecido, y yo le amo, le amo mucho! (*Despues de un instante de reflexion.*) Bien conozco que sería mas rica.... que llegaría á señora.... que tendria un marido capaz de satisfacer todos mis caprichos... de obedecer ciegamente mi voluntad... Es decir, tanto no; porque maese Jocelyn es á veces muy terco en ciertas cosas. Sino, ejemplo es la cajita que está ahí, en el cofre, y que nunca ha querido permitirme ver. Asi es que tengo una curiosidad.... como la de nuestra madre Eva cuando perdió el paraiso. Por fortuna esta mañana dejó el amo esta llave sobre la mesa. Estoy sola... enteramente sola, y voy á ver al instante... (*se dirige hácia el cofre.*) Alguien se acerca... Ah! Eres tú, Daniel?

ESCENA VII.

JUANILLA, DANIEL.

DAN. Si, yo soy, Juanita: os incomodo?

JUA. (*mirando al cofre.*) No, no por cierto... Sin embargo, hubieras hecho mejor en venir mas tarde.

DAN. Pues me voy.

JUA. No, ya que estás aqui... Acercate. (*sacando à Daniel un pañuelo del bolsillo, y enjugándole el sudor de la frente.*) Y qué sofocado llegas!

DAN. He corrido tanto por veros!

JUA. Con que me amas siempre?

DAN. No puedo curarme de esa enfermedad!

JUA. Tanto mejor!

DAN. Tanto peor... porque de qué me sirve mi cariño? Mi pobre corazoncito es como un molino que dá vueltas sin tener nada que moler. Cuando os hablo de casamiento, hoy me decís

que si , y mañana que no! Todos los dias veo en Ivetot gentes que se unen... yo soy el único que no puede unirse. En fin , hasta los extranjeros tienen mas fortuna que yo que soy del pais. Sino ahí está el señor Adalberto: acabo de encontrarle, è iba loco de alegría, de felicidad. Al pasar corriendo junto á mi , me dijo: «Daniel, sabes que me caso? Te convido á la boda!»

JUA. Qué amabilidad!

DAN. Es para desesperarse! La ventura de los demás me aflige!

JUA. Porque tienes muy mal caracter. Con que asi, es preciso enmendarse , entendeis, señor Daniel? (*ap. mirándole.*) Le causo pena... y lo siento... aunque no es culpa mia... Una vez casada con él, adios ilusiones , adios sueños de ambicion! Pobre muchacho!

DAN. (*conmovido.*) Ah! me acabais de dirigir una de esas miradas que me dicen: paciencia, esperanza , Daniel... Pero una nube viene á lo mejor á echarlo todo á perder!

JUA. Tranquilízate ; ya sabes que yo te prefiero á los otros.

DAN. Convengo en que me lo habeis repetido muchas veces ; mas si eso fuese verdad , hace tiempo ya que seriais mi muger, y no lo sois. Por qué? Porque sois una ambiciosa!

JUA. Una ambiciosa! Yo? Si te dijese lo que me proponen, y yo rehuso...

DAN. El qué?

JUA. Una ambiciosa! Mira, para probarte lo contrario, me casaria contigo al momento si en vez de ser mozo de molino , fueses siquiera molinero.

DAN. (*transportado.*) De veras? No se necesita mas que eso? Pues escuchadme ; el tio Martin vá siendo viejo, y quiere vender su molino. Ayer mismo me lo ofrecia por veinte escudos de oro... Y como yo tengo ahorrada justamente esa suma...

JUA. Vé corriendo.. No pierdas un minuto... Porque, Daniel, es necesario que no me dejes pensar mucho... Sabe Dios lo que podria suceder... Corre, aprovecha este buen momento!

DAN. Si, porque son tan raros en vos! Asi, voy volando á casa del tio Martin, y dentro de una hora podré deciros: está hecho, querida Juanita. Está hecho... asunto concluido... Ya sois molinera... Dejadme, dejadme que tome anticipadamente mi regalo de boda. (*la abraza.*)

JUA. Quieres estarte quieto?

DAN. Precisamente eso es lo que no quiero.. y salto y brinco y deliro de gozo. Adios, señora Juanita; adios, buena moza; adios flor y nata de las molineras.. Yo os saludo, yo, la flor y la nata de los molineros. (*Hace una cabriolé y se va.*)

ESCENA VIII.

JUANILLA sola.

JUA. Estoy contenta de mí misma; basta de ma-

los pensamientos , de sueños brillantes... basta de ambicion sobre todo. Seré molinera!... lo que es algo, porque se ganan muy buenos escudos... y se puede comprar otro molino... otros dos molinos... tierras de labranza... Lo cual produce mucho. Luego, se retira una... á un castillo magnifico... se hace señora... tiene criados y doncellas... banco separado en la iglesia... Sí, si!... No quiero alimentar esas ideas que me trastornaban la cabeza! Nada de orgullo... nada de curiosidad! Y en seguidita para principiar, voy á poner esta llave en el cuarto de Maese Jocelyn! (*Se dirige hácia una puerta, pero detienese delante del cofre, que contempla.*) Y sin embargo, es lástima! Vamos, por última vez seré curiosa... Nuestra madre Eva tiene la culpa! (*Saca una llave del bolsillo, y abre el cofre, del que saca una cajita.*) Aquí está... aquí está! Qué veo! La corona del Rey difunto! Su anillo real... Qué significa... Este pergamino me explicará quizás... (*leyendo un escrito que ha sacado de la cajita.*) Bondad divina! Es posible? No me engaño! Y yo que poco ha he dicho á Daniel... Qué desgracia comprometerme asi... cuando no tengo mas que decirle una palabra á Maese Jocelyn para ser... Mas puesto que lo ha dejado escondido ahí, es que no quiere que se sepa... Aunque por su felicidad, por la mia, asi que sea tiempo hablaré... Sí, sí... hablaré. (*Oye ruido, mete precipitadamente el escrito en la cajita, cierra el cofre, y se coloca delante.*) El es!

ESCENA IX.

JUANILLA, JOCELYN.

JOC. Y los muchachos, no están aquí?

JUA. (*Procurando sosegarse.*) No... creo que no

JOC. Cómo... Crees que no? Y qué tienes? Qué es lo que ocasiona esa turbacion?

JUA. (*Mas conmovida aun.*) Os engañais.

JOC. No por cierto.

JOC. Pues bien, voy á deciroslo... Ha estado uno aqui mismo... Si, uno que me ha hablado de... de... de matrimonio...

JOC. (*vivamente.*) Y has dado palabra?

JUA. No... no positivamente. Me acordé de lo que me habiais dicho... Ya sabeis... no darme mucha prisa... Y por deferencia hácia vos, he pedido tiempo para pensarlo.

JOC. Unos quince dias, eh? Muy bien.. eso es muy prudente!

JUA. No... he pedido una hora!

JOC. Una hora para reflexionar! No es demasiado!

JUA. Qué quereis... El otro estaba tan impaciente... Y como se trata de una cosa que me conviene, debo dar esta noche la respuesta.

JOC. Una vez que es asi, la darás.

JUA. (*ap.*) Dios mio! Habrá cambiado de parecer?

JOC. Dirás... dirás que no quieres.

JUA. (*ap. muy alegre.*) Ah! Gracias al Cielo! (*alto.*) Ya, mas para rehusar lo positivo... Qué diantre! Seria menester estar segura por otra parte...

Joc. Tranquilízate ; respondo de todo, y cualquiera que sea la proporcion que te se ofrece, la tendrás mucho mejor.

JUA. Bueno... aunque seria indispensable saber., porque os lo prevengo, si se trata de un jóven, yo le rehuso.

Joc. (*con satisfaccion.*) Juanilla, eres una muchacha de gusto y de juicio.

JUA. No es esto decir que sea...

Joc. Es preciso que tenga de veinte y cinco á cincuenta años... y mas cerca de cincuenta que de veinte y cinco... No te parece?

JUA. Esa es la mejor edad.

Joc. Pues justamente es la del novio de quien te hablo. Luego es una persona... muy apreciable... mucho... y sabe que tú eres una muchacha honrada. Ha pensado en tí, porque, mira, de un momento á otro debe casar á su hija... El yerno puede llevarse á su mujer... y nuestro hombre se quedaria entonces solo, aislado. Yo le conozco... y necesita tener alguien que se interese por él... que le profese amistad... No es esto decir que no pueda obtener quizás un sentimiento mas vivo, mas dulce.. Su talle conserva todavía cierta elegancia... En sus ojos brilla aun el fuego de la juventud... y su corazon... su corazon es sobre todo el que no ha envejecido. Además, está agil, derecho... no se halla aflijido de asma ni de reuma, y la noche de su boda... cáspita!.. la noche de su boda nadie le reemplazará para bailar la primera zarabanda. Vamos, Juanilla, no le reconoces en este fiel retrato?

JUA. No.

Joc. Pues óyeme... Ese novio, ese marido, ese mortal que solo quiere tu felicidad...

JUA. Hablad! Hablad! Quién es?

ESCENA X.

Dichos y MARGARITA.

MAR. Padre mio, Juana... ya vuelve... Le he visto desde mi ventana.

Joc. Y te palpita el corazoncillo? Mejor, tanto mejor... Asi todos seremos felices... Todos! No es verdad, Juanilla? (*bajo.*) Me has comprendido?

JUA. (*bajando los ojos.*) No sé, señor.

Joc. Si, si... Estamos corrientes! (*alto.*) Vamos, para acabar bien el dia, voy yo mismo á la bodega á buscar con que sostener nuestro buen humor. Ya sabes, Juanita... lo del rinconcito de la izquierda...

JUA. Cuidado con aquello, señor.

Joc. Bah! Bah!

JUA. Es que siempre se os sube á la cabeza, y luego os adormece que es una bendicion... No hay medio de despertaros!

Joc. Eso no perjudica á nadie. Dónde están las llaves? (*tentándose los bolsillos.*) Ah! aqui! Dentro de un instante vuelvo, hija mia. (*vase.*)

ESCENA XI.

MARGARITA, JUANILLA; *despues* ADALBERTO.

JUA. Yo voy á acabar de poner la mesa. (*ap.*) Y espero que será por última vez!

MAR. Ay Juanilla! Qué contenta estoy!

JUA. Ya lo creo, señorita.

MAR. Aqui viene Adalberto! Pero que agitado!

ADA. Margarita! Si supieseis... Ya no hay felicidad para nosotros!

MAR. Qué decís?

JUA. Y por qué?

ADA. Acabo de ser reconocido, reconocido por Urbano, uno de los escuderos de mi tio.

JUA. Su tio tiene escuderos!

MAR. Luego es un gran señor!

ADA. Perdonadme... Os he engañado, Margarita! Soy huérfano, es verdad; pero pertenezco á una familia poderosa... mi tio es Reinaldo de Houdeville.

MAR. El comendador de los caballeros de Malta?

ADA. El mismo!

JUA. (*muy satisfecha.*) Pertenece á la mas antigua nobleza de Normandia! En hora buena... Será un matrimonio digno de vos, señorita.

ADA. Es que tú no sabes, Juanilla... Mi tio dispuso de mi suerte desde la infancia... quiere que sea caballero de su orden.

MAR. Dios mio!

ADA. Y yo no tengo vocacion ninguna... al contrario! Mis instancias, mis súplicas, nada han alcanzado; y mi tio para atraerme á la razon, segun él dice, me envió hace tres meses á Ruan, al palacio de nuestro pariente el arzobispo: el digno prelado se encargó de abrirme los ojos, de hacerme comprender la felicidad que me esperaba; asi todos los dias oia sermones que duraban horas enteras! Al fin y al cabo, no tuve fuerzas para aguantar mas, y una mañanita me escapé, muy decidido á frustrar todos sus proyectos. Partí sin saber á donde iba, pero diciéndome á mí mismo: «no importa, adelante; para no ser caballero de Malta, me casaré con la primera mujer que encuentre... con tal de que sea jóven y muy bonita!»

JUA. Y no tuvisteis mala fortuna!

ADA. Eso es lo que me hace mas desgraciado aun! Al pasar por Ivetot, vi á Margarita y desde entonces cobré nuevo horror á los proyectos de mi tio. Esperaba poderle ocultar despues de mi casamiento el lugar de mi retiro; mas ahora es imposible! Urbano estaba encargado de descubrirme; me intimó la orden de que le siguiese, y yo le eché con cajas destempladas; pero la encomienda de Houdeville solo está á dos leguas de aqui, y mi tio lo sabrá todo pronto.

MAR. Y qué haremos?

ADA. Solo habria un medio; el de casarnos á toda prisa, antes de que llegasen.

MAR. Sí, sí... en efecto.

JUA. Es imposible! Se acerca la noche, y que-
reis asi, de improviso...

MAR. Entonces, ya no hay esperanza!

ADA. Y mañana al amanecer seré arrancado de aquí.

MAR. De la casa de mi padre?

JUA. Si fuese un cualquiera... quizás...

ADA y MAR. Cómo?

JUA. Es un secreto que he sorprendido.

MAR. Un secreto?

ADA. Explicate!

JUA. Me falta tiempo. Básteos saber que estais en seguridad... Que nadie se atreverá á venir á arrancaros de aqui mañana.

ADA. De veras?

JUA. Os lo aseguro, Silencio; el amo viene. Cuando estemos á la mesa, secundad mis proyectos... imitadme... no temais nada! Juanilla os protege.

ESCENA XII.

Dichos, JOCELYN.

JOC. (*Con botellas bajo del brazo.*) Vamos, vamos á cenar.

JUA. (*poniendo sillas.*) Eso es, á cenar.

JOC. Todos juntos... en familia... como buenos amigos... sin ceremonias... sin etiqueta. Esto vale mil veces mas que los banquetes de los grandes señores, donde cuando uno tiene sed ha de aguardarse á que el copero le llene el vaso. A mi me gusta tener la botella delante, y beber cuando me acomoda. (*Todos se colocan á la mesa; Jocelyn en el centro*)

JUA. (*destapando una botella.*) Cáspita! Y qué espumosa es esta cidra! Le menos tiene cuatro años!

JOC. Sin embargo, es mas jóven que nosotros! Bien venida sea de todas maneras, porque yo jamás rechazo á los amigos!

JUA. Me ocurre una idea! Antes de elegir un sucesor, bebamos esta botella á la memoria del difunto Rey.

JOC. (*Alargando el vaso.*) Con mucho gusto! (*bebiendo.*) A sus virtudes! (*Juanilla hace una seña á Adalberto.*)

ADA. Y no pertenecia á la nobleza mas antigua?

JOC. Eso me importa poco... con todo, creo que descendia de Childebrando.

ADA. Entonces, bebamos á su nobleza.

JOC. En hora buena. Yo nunca me niego. (*bebe.*)

JUA. Pues y á su justicia? Porque era tan justiciero.

ADA. Y tan prudente!

JOC. Sí, su justicia pasaba por proverbial... le llamaban el nuevo Salomon!

JUA. Y qué menos hemos de tributar á tales

prendas que otro traguito? (*Echándole de nuevo.*)

MAR. En cuanto á valiente, no se diga. Era un héroe!

JUA. Un héroe? Eso merece otro sorbo.

JOC. (*Un poquillo achispado ya.*) Sí, otro, otro! Vamos, chicos, no se os ocurren mas virtudes? Yo estoy seguro de que las tenia!

MAR. Ah! Sí! Sí! A su sobriedad, porque él no bebia nunca!

JOC. Es cierto! Bebamos, porque él no bebia! (*bebe.*) Y qué mas?

MAR. Cómo! Aun!

JOC. Sí, si... De fijo olvidais algo. Era tan virtuoso aquel señor!

JUA. En ese caso, sea el último brindis por las virtudes... de que no nos acordamos.

JOC. Bien, bien, muy bien! (*Despues de beber y adormeciendose.*) Precisamente las virtudes son mi ídolo... (*Duermese : los otros tres se levantan.*)

MAR. Ahora, esplicanos Juanilla, por qué has querido que le pusiéramos en ese estado. Cuáles son tus planes?

ADA. Qué vas á hacer?

JUA. Chit! Hablad bajo! No le despertéis! (*corre á abrir el cofre.*)

MAR. (*mirando á Juana.*) Y nosotros que hemos sido sus cómplices!

JUA. (*Trayendo la cagita y dándosela á Adalberto.*) Abrid pronto esta caja, y leed el pergamino que hallareis dentro.

ADA. Aquí está. (*leyendo.*) «Lego mi poder y mi autoridad al que sabia lo que yo queria hacer para la felicidad de mis vasallos; y á él le encargo de cumplir despues de mi muerte mis proyectos y mis deseos. Solo Jocelyn es digno de mi corona; solo él debe reinar despues de mí; á él, pues, es al que designo, confiando en que esta ley será bien acogida por mi pueblo!

MAR. (*con alegría.*) Qué oigo?

ADA. Es posible!

JUA. El queria guardar silencio, y rehusar esa suerte brillante; pero yo lo he arreglado de otro modo, y os lo aseguro, reinará. (*óyense voces debajo del balcon.*)

VOC. Maese Jocelyn! Maese Jocelyn!

MAR. Qué ruido será ese?

JUA. (*asomándose al balcon.*) Son los habitantes de Ivetot que vienen á saber su opinion acerca del nuevo soberano que deben elegir.

ADA. Pues voy corriendo á su encuentro... Les enseñaré este pergamino á todos... Les recordaré sus beneficios... invitándoles á adjudicarle el poder...

JUA. Id, id pronto. (*vase Adalberto.*)

VOCES DENTRO. Jocelyn! Maese Jocelyn!

MAR. (*Señalando á su padre que ha hecho un movimiento.*) Creo que se despierta!

JUA. No...no...Para rato tiene! Y cuando abra los ojos lo menos llevará diez horas de reinado! (*En este momento se abre la puerta del fondo, y se precipitan en la sala Adalberto y*

los habitantes de Ivetot. Margarita corre á ellos y les hace seña de no interrumpir el sueño de su padre: entonces todos se descubren e inclinan.)

MAR. Silencio! Amigos míos, ahora duerme!

ADA. Sí, respetemos su reposo!

VOCES. No importa! Viva Jocelyn! Viva nuestro Rey!

TODOS. Viva. (*A estas palabras Jocelyn abre los ojos, se incorpora, mira en derredor con asombro, y vuelve luego á sentarse, sonriéndose.*)

JOC. Yo.. Rey yo!... Es un sueño! (*duermese otra vez.*)

JUA. Entre tanto, amigos míos, á mi me reconocereis por su mayordoma mayor!

TODOS. Mayordoma!

MAR. (*con disgusto.*) Mayordoma!

ADAL. (*á Margarita.*) Pues para qué ha hecho la revolucion?... Para aprovecharse, según costumbre, de ella! (*Los habitantes rodean á Juanilla saludándola respetuosamente; y aquella recibe sus homenajes con ridícula importancia.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un gran salon en el castillo real de Ivetot. En el fondo una galeria.

ESCENA I.

JUANILLA, que sale ricamente vestida por el fondo; centinelas en la galeria exterior; soldados.

UN CEN. Quién vive?

JUA. (*con orgullo.*) Yo soy la que vive... la Mayordoma de S. M.!

SOL. (*rodeándola.*) Toma! Es Juanilla!

UNO. Y qué linda estás, muchacha!

OTRO. Y qué lujosa!

EL 1.º Quién te habia de conocer con semejantes arrumacos?

2.º Vienes hecha una señora!

JUA. (*rechazándolos con desden.*) Silencio! No, admito familiaridades, villanos! Ya no soy Juanilla... Ya no soy vuestra igual... Ahora soy una dama ilustre, entendeis, imbéciles? Asi cuidado conmigo; respetadme, aduladme, saludadme... Porque al primero que me falte, le mando cortar el pescuezo! Hola! Hola! Canalla!

EL 1.º Qué humos ha echado!

2.º Si lo oigo y no lo creo!

JUA. Además, yo soy la depositaria del poder. Yo sola mando aqui... Ah! Se me olvidaba... en adelante me dareis tratamiento... porque debo ser la segunda persona despues del Rey.

SOLD. 1.º Está bien, señora.

ID. 2.º Está muy bien, Princesa.

JUA. Cada uno á su obligacion; al que falte á ella, al que me desobedezca, le hago ahorcar. (*ap. con altanería.*) No hay otro medio de tratar á esta gentuza! Y cuando pienso que antes me he bajado hasta ellos! (*alto.*) Salid pronto, salid! (*todos se inclinan y desaparecen por el fondo.*)

ESCENA II.

JUANILLA, DANIEL.

UN CEN. (*impidiendo el paso á Daniel.*) Atrás.

DAN. Pero compadre Aubriot, si soy yo, Daniel.

JUA. (*al centinela.*) Dejadle entrar.

DAN. (*acercándose.*) Gran Dios! Señorita Juana, que relumbrones llevais! Si pareceis la virgen de la Visitacion!

JUA. Bueno, bueno, Daniel!

DAN. Decidme, qué ha ocurrido aqui? Qué trapionda es esta? Con que Maese Jocelyn tenia un escrito tan importante y no lo publicaba?

JUA. Esperábamos un momento propicio.

JAN. Para eso todos eran propicios. Es tan querido el buen señor! Mirad, todos los habitantes de la ciudad se reunen en el patio del castillo... desean verle, le aguardan!

JUA. Que le aguarden... para eso han nacido.. y S. M. duerme aun.

DAN. Cómo! No se ha despertado desde anoche, que le trajimos como un tronco al castillo del difunto Rey, colocándole en la magnífica cama de respeto por orden vuestra? Qué sorprendido se pondrá al abrir los ojos! Dormirse vasallo, y despertarse monarca, amo de un pequeño reino!

JUA. (*con orgullo.*) De un pequeño Reino? Medid mejor vuestras palabras, Daniel! Ivetot cuenta dos mil habitantes, á los cuales se añaden los de dos feudos y tres aldeas... Luego todos ellos son Normandos, y saben manejar el hacha y la lanza desde que nacieron. Asi, á mi primera seña, han acudido á hacer la guardia á su señor.

DAN. Si, es cierto... muchos he visto abajo. Quién se lo habia de decir á Maese Jocelyn! Como á mi, quién me habia de pronosticar ayer mañana que consentiriais en casaros conmigo en seguidita?

JUA. Cómo!.. Yo...

DAN. (*con alegría.*) El molino, el par de mulas, la casita, todo está ya pagado, todo me pertenece.

JUA. Os felicito, Daniel.

DAN. Felicitaos á vos misma, puesto que eso es vuestro.. que yo os lo doy.

JUA. Gracias por vuestra generosidad, amigo, gracias, pero...

DAN. Cómo, pero? Ay! Dios mio!... Acaso soplará el viento de mala parte?

JUA. (*ap.*) Estas gentes del pueblo no saben quedarse en su sitio! No comprenden que en mi nueva posicion...

DAN. Si me viese engañado también ahora, iría corriendo, derecho, á arrojarme de cabeza en el río.

JUA. (*deteniéndole.*) Vamos, Daniel, quiero hacer algo por vos... algo que os tranquilice. (*ap.*) Debo contemporizar con el pobre muchacho! (*alto.*) Como podriais pensar que tengo bastante mal corazón para cerraros las puertas del castillo... sois molinero, no es verdad? Pues os nombro gran panadero del Rey.

DAN. Con que me quedaré aquí? Con que no nos separaremos?

JUA. Vuestro empleo os fija en la corte.

DAN. Entonces acepto.

JUA. (*con desprecio.*) Mas ante todo es menester que os quiteis ese traje del pueblo, que ya no os conviene.

DAN. Diantre! Y mi molino?

JUA. Vuestro molino? Vendedlo!

DAN. (*sorprendido.*) Que lo venda!

JUA. Con ese dinero podreis hacer papel en la corte.

DAN. En efecto, así no es posible... (*señalando á su traje.*) Pues señor, voy á comprar un precioso jubon dorado por dentro y por fuera!

JUA. Eso es; arrojad esos pingos, y yo os ofrezco mi proteccion.

DAN. Qué felicidad!

JUA. Habeis de adoptar también otras maneras, otro lenguaje.

DAN. Os imitaré.

JUA. Andad con mas dignidad... Así, así. (*pa-seándose.*)

DAN. (*imitándola ridiculamente.*) Así?

JUA. Luego, es preciso que os deis importancia!

DAN. Me la daré!

JUA. Que seais insolente! Estas son las dos primeras cualidades de un cortesano!

DAN. Las adquiriré pronto!

JUA. De ese modo podreis aspirar á cualquier cosa... es el único medio de medrar.

DAN. Me siento capaz de todo; y ya que para mereceros son necesarias las grandezas, colmadme de honores... hacedme baron.

JUA. (*riéndose.*) No digo que no!

DAN. Hacedme marqués.

JUA. De veras?

DAN. Dadme títulos, riquezas!

JUA. Hola, hola!

DAN. Y os lo aseguro, me sacrificaré... lo admitiré todo!

JUA. Si?

DAN. Para probaros mi amor, mi ternura... para que vos seais baronesa, marquesa y rica.

JUA. No tiene mala vocacion! Pensaremos en eso, señor Daniel. (*viendo á Reinaldo que se detiene en la galeria del fondo, y que parece examinarlo todo.*) Pero quién es ese hombre? No le conozco! Cómo! Cómo! Con que dejan entrar á todo el mundo aquí?

ESCENA III.

Dichos, REINALDO.

JUA. (*Saliéndole al encuentro.*) Qué quereis, buen hombre?

REI. (*adelantándose.*) Perdonad... no os habia visto.

JUA. (*con desden.*) Quién sois?

REI. Un pobre viajero.

JUA. Esto no es un meson... es el palacio del rey.

REI. (*sonriéndose.*) Ya lo sé. (*coje un sitial y se sienta.*)

JUA. Qué osadía! Se atreve á sentarse en el palacio de S. M!!

DAN. (*á Juanilla.*) Si está cansado...

JUA. Yo le diré á él cuantas son cinco.

DAN. Toma! Son.... tres y dos!

ESCENA IV.

Dichos, ADALBERTO.

ADAL. (*sin ver á Reinaldo.*) Pobres gentes! Impedirles entrar en el castillo! Acabo de mandar que les abran la gran sala de armas, y se han puesto tan alegres, tan contentos!

REI. Lo cual es de feliz agüero para el nuevo reinado.

ADAL. Cielos!

JUA. Qué teneis? (*á Adalberto.*)

ADAL. Yo... yo...

REI. La sorpresa de Adalberto no debe admiraros, porque no esperaba encontrar tan pronto á un amigo antiguo.

ADAL. En efecto, no creia...

REI. Hago mal sin duda en venir así, de improviso; pero cuando sepa que tengo que hablarle de asuntos importantes... cuando estemos solos...

ADAL. Dejados, Juana.

JUA. (*bajo á Adalberto.*) La cara de este hombre no me gusta mucho, y si su visita os incomoda, nuestros soldados...

ADAL. Guárdate bien, Juanilla. Márchate, yo te lo suplico!

JUA. Ya me voy, ya me voy!

DAN. Y yo, corro á vender mi molino. Hasta luego, señora Juanilla. (*vase por el fondo: Juana por un lado.*)

ESCENA V.

REINALDO, ADALBERTO.

REI. Por fin os encuentro.

ADAL. (*turbado.*) Monseñor!

REI. (*con ironía.*) Muy bien! Os escapais de casa de nuestro pariente el arzobispo, y os hallo en Ivetot, en el palacio de un hombre á quien esos insensatos villanos llaman su rey!

ADAL. En obediencia á la voluntad del difunto monarca.

REI. Bien puede disputársele el derecho de haber elegido semejante sucesor; pero esta es cuestion que mas tarde se resolverá. Volvamos á vos: con que os habeis ocultado aqui para seducir á una jóven?

ADAL. Seducirla, yo!

REI. Entonces, cuáles son vuestras esperanzas? Bien lo sabeis; aunque ella fuese tan noble como vos, Adalberto, no puede perteneceros nunca.

ADAL. Sin embargo, monseñor...

REI. Vuestro padre al morir os confió á mis cuidados; me hizo dueño de disponer de vuestra suerte; y yo, comendador de Malta, os he destinado á nuestra órden.

ADAL. Quereis que os lo repita otra vez, monseñor? Mi corazon, mis ideas, todo en fin, me aleja de la vida que me ofreceis. Para ser buen y leal caballero, se necesita que nos guie una santa vocacion, que nuestra conciencia nos ilumine... y yo conozco que pronunciando esos votos, seria perjuro á pesar mio. Sí, sí, seria perjuro, porque se ha detenido sobre mí la mirada de una mujer... y es tan dulce, tan bella una mujer!

REI. Adalberto!

ADAL. Oh! vos no podeis comprender eso!

REI. Basta de debilidad...! Seguidme, y consagraos á vuestros sagrados deberes!

ADAL. Nunca!

REI. Salid de estos lugares al momento!

ADAL. Antes perderé la vida!

REI. Os obstinais en desobedecerme, en faltar á vuestras promesas?

ADAL. No las hice yo, sino vos!

REI. Pues que Dios os pida cuenta de las desgracias que ocurran; que él tambien os la pida por la sangre que se vá á derramar!

ADAL. Sangre!

REI. Por causa vuestra, caballero! No tardareis en tener noticias mias. Entretanto, temblad, temblad! (*vase.*)

ESCENA VI.

ADALBERTO, MARGARITA, JUANILLA.

JUA. Qué hay, señor Adalberto? Cómo sale tan furioso ese hombre?

ADAL. Es el comendador de Houdeville!

MAR. Gran Dios!

ADAL. Por qué os habeis de alarmar? He rehusado seguirle... he despreciado sus órdenes, su cólera. Qué tengo que temer? No soy amigo, y casi yerno del rey? (*Ap.*) No les hablaré de sus amenazas.

JUA. Sí, y lo que vale tal vez mas, os hallais en un castillo, en una fortaleza guardada por valerosos soldados. Si el comendador se ha marchado tan presto, es porque bien sabe lo que debe hacer.

ADAL. El temor no entra nunca en su alma... Sin duda volverá á hablar al rey.

JUA. Hablar al rey? Cree que es cosa tan fácil? Desde hoy se organizará la etiqueta.—Mi padre fué... auxiliar de cocina en la córte de Normandía, y yo conozco mucho el ceremonial de costumbre.—El comendador se verá precisado á entregar su humilde solicitud al capitán de guardias, quien la pasará al gobernador, el cual la enviará al escudero mayor; este se pondrá de acuerdo con el primer chambelan, el que debe trasmitirla al gran condestable, para que aprovechando un momento propicio, la haga presentar á S. M. por seis pajes en una bandeja de oro.

MAR. (*sonriéndose.*) Pero Juana, eso durará ocho dias.

ADAL. Y cuando el comendador haya obtenido su audiencia, sabrá que estamos casados, que somos felices, y que nadie puede ya separarnos. (*rumor dentro.*)

JUA. Cómo! Grita el pueblo...! Creo que se atreve á impacientarse!

MAR. Van á despertar á mi padre.

JUA. Buena desgracia, vive Dios! Ya es tiempo de que eso suceda! (*va á entreabrir la puerta de la izquierda.*) Y justamente está levantado!

MAR. (*mirando tambien.*) Ved que cara tiene de sorpresa, de admiracion!

JUA. Aqui viene.

ESCENA VII.

Dichos, JOCELYN.

JOC. (*Restregándose los ojos, y contemplándolo todo con asombro.*) Dónde estoy? Sueño todavia? (*tentándose.*) Creo que sí... Creo que no... Quién me ha sacado de mi casa? Quién me ha traído á estos sitios? Estaré por ventura encantado?

MAR. (*adelantándose.*) Padre...

JUA. Señor...

ADAL. Tranquilizaos.

JOC. Vosotras tambien, muchachas? Qué diablura es esta? Qué demonio ó que maga os ha conducido á este palacio? Respondedme; me hallo despierto ó dormido? Hablad con una legion de...

MAR. Sois rey!

JUA. Rey, si señor!

JOC. Rey! Yo?—Vamos, no hay duda, estoy durmiendo.

JUA. Qué alegría!

ADAL. Qué gloria!

MAR. Este magnífico palacio os pertenece.

ADAL. Porque la voluntad del difunto rey...

JUA. Y el respeto á su memoria...

MAR. Y el voto del pueblo.

JUA. Y la conveniencia pública...

ADAL. Y la necesidad...

MAR. Y nuestro interés...

JOC. Quereis callar? No duermo; pero decidida-

mente ellos se han vuelto locos! Y quién os ha podido descubrir un secreto ignorado de todos?

JUA. Oh! yo lo he descubierto!

JOC. (con ira.) Desventurada! Me has vendido! Me has robado el escrito..!

MAR. Por Dios, calmaos!

JUA. Sí, he querido elevaros á pesar vuestro; he hecho lo que debia... porque no podiais desobedecer las órdenes de vuestro difunto rey!

JOC. Nunca, nunca!

MAR. Ceded, padre mio!

JOC. Repito que nunca!

ADAL. Señor..!

JOC. Dejadme!—No ambiciono la corona ni el poder; no quiero mas que tranquilidad y reposo.

ESCENA VIII.

Dichos, y los habitantes de Ivetot.

TODOS. (dentro.) Viva el rey Jocelyn!

JUA. Todos los habitantes de la ciudad acuden en masa á felicitaros, á aclamaros!

JOC. Pues que se larguen por donde han venido!

UN HAB. (saliendo.) Allí está, miradle!

TODOS. Viva el rey Jocelyn!

JOC. A ver como os callais!

TODOS. Viva el rey Jocelyn!

JOC. Pues empiezan desobedeciendo á su monarca!—Oidme, hijos míos; cuanto hagais es inútil, porque rehuso el honor que me quereis otorgar.

TODOS. Cómo!

ADAL. (á los habitantes.) Amigos, roguémosle que acepte. (todos le rodean.)

HAB. 1.º Nosotros no queremos que nos mande otro que vos.

HAB. 2.º Porque vos sois nuestro padre.

HAB. 1.º Nuestro amigo!

HAB. 3.º Nuestro bienhechor!

ADAL. Y si los abandonais, les espera la mayor desgracia que puede caberles; la de sufrir el yugo extranjero!

HAB. 1.º Sí, libertadnos, señor, de semejante calamidad!

TODOS. Sí, sí! libertadnos!

JOC. (conmovido.) Tienen razon..! En breve serian víctimas de la tiranía mas insoportable y odiosa... Yo seré su padre, y no su señor... yo que los amo hace tanto tiempo..! No vacilo ya... Dios es quien lo ordena... Debo someterme á su voluntad!—Hijos míos, (al pueblo) accedo á vuestros deseos; admito ese poder con que me brindais; pero solo para labrar vuestra ventura; para mi serán los cuidados y las fatigas; para vosotros serán los dones del cielo, el reposo y la libertad! (los habitantes le rodean y le abrazan.)

TODOS. Viva! viva!

JOC. Ahora dejadme, y entregaos á la alegría y á los placeres en celebridad de este suceso!

Adios, hijos míos, adios... acudid siempre á mí cuando me necesiteis; porque recordadlo, yo no quiero ser mas que vuestro padre! (los habitantes conmovidos le besan las manos en señal de gratitud; luego se marchan por el fondo.)

ESCENA IX.

JOCelyn, MARGARITA, JUANILLA, ADALBERTO.

JUA. Por fin todo el mundo está contento, aunque no sin trabajo!

MAR. (á Jocelyn.) Gracias por ellos, padre mio; gracias por nosotros!

JOC. Podia yo hacer otra cosa que aceptar? Los tres estabais aqui en derredor mio, suplicándome, cojiéndome las manos; y esas pobres gentes me lo rogaban tambien con las lágrimas en los ojos! En una palabra... me enternecí... y hubiera debido resistirme siempre! Pues bonita comision tomo á mi cargo! Velar por la dicha y la seguridad de un pueblo! Sabéis si tendré fuerzas y habilidad para tanto?

ADAL. Esa duda nos prueba que sois digno de ser su rey!

MAR. No os arrepintais, padre mio.

JOC. Ya es un poco tarde para eso, una vez que me he decidido.

JUA. Por fortuna. Acordaos ahora de que podeis ordenar, disponer de todo...

JOC. Disponer, disponer! De mi bolsa en primero y último lugar. Mira, ahí fuera he visto unos pobres diablos que se escondian detrás de los otros; tal vez no tengan con que beber á mi salud... Margarita, Adalberto, corred á distribuirles esto, diciéndoles que pidan al cielo que me ilumine para que no haga yo alguna atrocidad.

MAR. Voy corriendo, padre mio. Venid, Adalberto!

ESCENA X.

JOCelyn, JUANILLA.

JUA. (con solemnidad.) Monseñor, estoy contenta de V. M!

JOC. Juanilla, te prohibo que me trates así; llámame Maese Jocelyn como ayer, como antes. Además, en vez de ponerte tan tiesa y tan orgullosa, harias mejor en darme gracias por mi bondad. Te perdono una gran falta, chica!

JUA. Ciertamente sois digno de lástima! Vais á mandar como dueño y señor absoluto; vais á lucir costosas galas, y á ostentar en el cuello esta cadena, noble insignia de vuestra dignidad... (Saca una cadena de oro del bolsillo.)

JOC. (con emocion.) Cómo está entre tus manos esa joya?

JUA. La encontré esta mañana en el cofre grande.

JOC. Y te has atrevido..!

JUA. (con curiosidad.) En qué tono lo decís..! Acaso hay alguna historia?

JOC. Hay lo que hay! Dame pronto la cadena!

(*se la guarda.*)

JUA. Qué bien haria sobre la excelente armadura que os dejó vuestro abuelo!

JOC. Cómo! Quieres que me ponga aquella albarda de hierro, y que me quite mi jubon de tiritaña?

JUA. No que no! Linda estaria la corona con esos trapos!

JOC. Una corona! Pues y el precioso gorro que me hiciste la semana pasada?

JUA. No es digno de vuestra clase, ni de este magnifico palacio donde debeis habitar...

JOC. Sí... hasta la noche!

JUA. Qué decís?

JOC. Habia yo de abandonar mi casita... mi palacio de balago? No por cierto, querida; allí tengo fresco en verano; calor en invierno: allí he nacido, y allí quiero morir!

JUA. Qué oigo! Eso es imposible! (*con desdén.*) No podeis tornar á semejante mansion!

JOC. Y por qué?

JUA. Porque necesitais una córte brillante; porque debeis rodearos de fausto y de opulencia, para realzar vuestra magestad.

JOC. (*riéndose.*) Mi magestad! Me haces reir!

JUA. En vano os oponeis; ya he hecho la lista de vuestra servidumbre, de vuestra comitiva.

JOC. (*riéndose.*) Leémela... eso me divertirá.

JUA. (*sacando un gran pedazo de pergamino y leyéndolo.*) Necesitamos en primer lugar un tesorero...

JOC. Por si casualmente tenemos tesoro alguna vez. Adelante.

JUA. Cien escuderos, cien pages...

JOC. Echa, echa!

JUA. Un condestable, un limosnero...

JOC. Para recibir las limosnas que me dén.

JUA. Y además para el servicio de nuestra mesa, veinte coperos...

JOC. Eso es poco.

JUA. Doce panaderos, treinta reposteros, y treinta sumilleres.

JOC. Ha perdido la cabeza! Calla, calla! Cómo... y todavía no has acabado? (*la toma el pergamino y lee.*) «Veinte monteros para conducir nuestras magnificas jaurías; cien picadores... cincuenta y nueve halconeros; un guarda para los faisanes!—Y no conocemos siquiera estas aves.—(*sigue leyendo.*) Veinte guarda-bosques.»—Y no tenemos bosques en Ivetot!

JUA. (*tomando de nuevo la lista.*) Tendremos un ejército que conste de trescientos alabarderos, y mil peones; la caballería la formarán los nobles, con sus escuderos, seguidos de sus terratenientes montados en fogosos asnos.

JOC. Cuando digo que está loca! Tira eso... (*Le arranca á Juanilla el pergamino, y lo arroja.*)

JUA. Qué haceis?

JOC. No conoces, insensata, que con esa comitiva numerosa de holgazanes, tendria mas pages y escuderos que vasallos?

JUA. Todos serian empleados, y no temeriais asi las revoluciones.

JOC. Calla, calla!...

JUA. Entonces, qué quereis hacer?

JOC. Quedarme en mi cabaña; no tener mas servidumbre que Juanilla, ni mas corceles que mi rucio, con el cual, y poco á poco, pienso recorrer descansadamente mis estados.

JUA. Esa es una vergüenza, un oprobio, que yo no toleraré!

JOC. Como, como?

JOC. Si señor, tendreis corte, fausto, lujo, aunque os pese!

JOC. Mira, chica, si no te enmiendas, comenzaré por hacer uso de mi autoridad, mandando que te pongan en una jaula.

JUA. Eso lo veremos!

JOC. Lo veremos! Hola, hola!

ESCENA XI.

Dichos, DANIEL vestido rica y grotescamente.

DAN. Aquí estoy, aquí estoy, señorita Juana.

JOC. No me engaño... es Daniel! Y con qué pergeños! Se han vuelto todos locos hoy?

DAN. Señor, soy vuestro panadero mayor.

JOC. Sí? Y quién te ha nombrado?

DAN. Vuestra mayordoma, la ilustre señora Juanilla.

JOC. Pues vuelvete á tu molino, Daniel, vuelvete á tu molino!

DAN. Si no le tengo ya... si le he vendido!

JOC. Qué, era tuyo?

DAN. Sí, majestad.

JOC. Pues vuelvelo á comprar.

DAN. Y con qué? Todo el dinero que me dieron lo he gastado en este precioso vestido. Mirad!

JOC. Juanilla, por las trazas no has de hacer mas que locuras!

DAN. (*con tristeza.*) Volviendo á vender esto, no tendria ni para comprar un aspa de mi molino.

JOC. Entonces, vuelve á ser mozo de él.

DAN. Es decir que habré invertido inútilmente mis ahorros?

JOC. Asi aprenderás á conocer á Juanilla.

DAN. Y qué remedio! Sin estas galas no podia quedarme en el castillo; y como aqui estaba mi felicidad... (*se detiene á una seña de Juanilla.*)

JOC. Qué quieres decir?

DAN. Nada; me callo.

JOC. Y por qué?

DAN. (*obedeciendo á una nueva seña de Juanilla.*) Porque... porque... porque me voy. (*se vá por el fondo.*)

JOC. Es lo mejor que puedes hacer. (*viendo á los habitantes armados que están en la galería.*) Qué veo! Soldados! Centinelas! Juanilla, qué significa?...

JUA. No tenia guardia vuestro noble predecesor?

JOC. Es posible! Pero cada uno obra á su modo.

Yo quiero guardarme á mi mismo.
 JUA. Y si vinieran á atacarnos?
 JOC. Quién? Yo no hago mal á nadie.
 JUA. Algun bandido, algun...
 JOC. Y no tengo un escelente defensor.... mi enorme perrazo? Eso vale mas que toda una compañía de arqueros, porque es mas fiel, y cuesta menos.
 JUA. (colérica.) Nunca se ha visto cosa igual.... es para desesperarse! (se sienta.)
 JOC. Puedes sentarte si gustas, querida, sin ceremonia, sin etiqueta. (á los soldados.) Y qué haceis ahí vosotros? Acercaos... (todos le rodean; él se dirige á uno.) Oye Guillermo, en vez de gandulear aqui, vete á cuidar de tus manzanas y de tus legumbres. (á otro.) Y tú, Basilio, hazme el favor de volverte á tu bigornia. (á otro.) Hola! Con que tambien has venido tú, compadre Aubriot?

AUB. A guardaros, señor.

JOC. Pues vé á guardar á tu muger, que es jóven, bonita y coqueta... (bajo.) y yo he visto por allí algunos moscones que la andan rondando. (Aubriot se vá corriendo.) Dios me perdone! (á otro de escasa estatura.) No es ese Periquillo? (dándole un capirotazo.) Anda, anda, á dar vueltas á la rueca de tu madre.—Y vosotros, cada cual á su oficio.—Por lo demás, os agradezco, camaradas, vuestra prontitud y vuestro celo; y el domingo que viene, despues de visperas, desocuparemos juntos un par de toneles de vino rancio. Con que hasta la vista, hijos, hasta la vista. (todos se ván por el fondo.)

ESCENA XII.

JOCelyn, JUANILLA.

JUA. (acercándose con rabia á Jocelyn.) Beber con vuestros vasallos!

JOC. Y con quién quieres que beba?

JUA. (con dignidad.) Se bebe solo!

JOC. Solo! Asi nunca tengo sed!

ESCENA XIII.

Dichos, MARGARITA, ADALBERTO.

ADA. Vuestras intenciones se hallan cumplidas, y todos bendicen vuestro nombre.

JUA. No todos!

MAR. Qué tienes, Juana?

JUA. Tengo... tengo que están destruidas, burladas nuestras esperanzas!

ADA. Cómo?...

JUA. Ya lo veis; no tenemos guardias, no tenemos centinelas!

ADA. En efecto!

JUA. Yo habia organizado la servidumbre... con la mayor economía... lo estrictamente necesario... ni siquiera sobraba un escudero... Pues bien, á todos los ha destituido; no hay

condestables, caballerizo, ni nada; se empeña en seguir siendo maese Jocelyn, como antes. Yo soy su copero, su page, su primer ministro, y su cocinera.

MAR. Ah! padre mio! Qué habeis hecho? No tendreis nadie para proteger, para defender á Adalberto?

JOC. Defenderle! Pues qué tiene que temer?

MAR. Es que vos ignorais... Adalberto es sobrino del comendador de Houdeville! Quieren que sea caballero de Malta!

JOC. Caballero de Malta!

ADAL. Perdonadme que os lo haya ocultado hasta ahora.

JOC. Hicisteis muy mal. Pero no es este el instante de dirigiros reconvencciones. Es muy inflexible vuestro tio?

ADAL. Si señor; obligándome á pronunciar votos eternos, piensa dar una prueba mas de su adhesion á la órden de que aspira á ser gran Maestre.

JOC. Comprendo, quiere sacrificaros á su ambicion.

JUA. (vivamente.) Y he ahí por lo que necesitamos una fortaleza y soldados.

JOC. Las buenas razones valen mas que las buenas lanzas!

JUA. No es esa mi opinion.

JOC. Así, no tiemblo verme cara á cara con ese comendador; no importa que le teman en el pais: á mi no me dá miedo. Yo le hablaré mañana...

MAR. No sabeis que vá á venir? Ha anunciado que deseaba veros.

JOC. Tanto mejor! De ese modo me ahorra el viaje. Oh! Yo le pondré mas manso que una oveja... á menos que no sea el mismo diablo.

MAR. Decidle que pediré al cielo por él...

ADAL. Que nosotros adoraremos su nombre...

JUA. Y sino, que tema á un enemigo poderoso.

JOC. Poderosísimo! De seguro que no sospechará que ese soy yo.

MAR. Decidle...

ADAL. Decidle...

JUA. Decidle... (casi á un tiempo.)

JOC. Quereis callar, que me aturdis? Tened confianza en mi elocuencia; desde luego os prometo que le ablandaré, y que él mismo vendrá á conducirnos al altar.

MAR. Dios os oiga, padre mio!

ADAL. (que ha ido á mirar hácia el fondo.) Creo que se acerca.

MAR. Ay! Qué miedo tengo!

JOC. Y por qué? Es algun vampiro...? Dejadme solo ahora, y yo le hablaré al alma.

JUA. (con solemnidad.) Y si desoye vuestros consejos, apelaremos á la última razon de los pueblos; apelaremos á las armas!

JOC. Apela á tu asador, que es tu única arma. Pronto, prontito, todo el mundo fuera.

MAR. Con que le direis...

ADAL. Decidle...

JUA. Recordadle...

Joc. Habrá machacas! Fuera digo! (*Los echa á todos por la izquierda; Reinaldo sale por el fondo.*)

ESCENA XIV.

JOCELYN, REINALDO.

Joc. (*ap.*) Aquí está! (*acercándose á Reinaldo.*)
Buscáis á alguno?

REI. En efecto.

Joc. (*ap.*) Cara tiene de vinagre. (*alto.*) Al señor Adalberto quizás?

REI. Ah! Sabéis quién soy?

Joc. Sin duda.—El pobre muchacho teme vuestra presencia... lo cual es muy natural; porque aquí para entre los dos, vos teneis un gesto... Luego quereis separarle de su amada...

REI. Así es que no esperaba encontrarle en este sitio.—Parece que cuenta con el apoyo del señor de Ivetot.

Joc. Es verdad, y no va errado.

REI. (*con ironía.*) Pobre ayuda es la de ese fantasma de rey!

Joc. Fantasma! fantasma! Pues yo puedo asegurar que es un hombre como vos.

REI. De eso es de lo que me cercioraré yo mismo, porque no tengo tiempo que perder, y deseo hablarle al momento.

Joc. (*yendo á buscar una silla.*) Lo cual es muy fácil.

REI. Sois criado de palacio? Entonces, introducidme, y anunciad al comendador de Houdeville.

Joc. (*presentándole una silla.*) He oido perfectamente.

REI. (*con impaciencia.*) Pero id pronto.

Joc. (*con sencillez.*) Es inútil, el rey soy yo.

REI. (*estupefacto.*) Vos?

Joc. Sí.

REI. En caso tal, sabreis lo que vengo á reclamar?

Joc. Sí, y trataremos de eso despacito, porque yo observo siempre una antigua costumbre... Cuando he de discutir con un amigo, me gusta colocarle en frente de mí, á la misma mesa, poniendo dos frascos de buen vino entre nosotros... (*Reinaldo hace un movimiento de impaciencia.*) No es ese vuestro sistema? Tanto peor! En las conversaciones puede uno acalorarse... se bebe un traguito, y así se apaga el fuego de la discusion.

REI. Señor!!

Joc. (*sonriéndose.*) Vuestra impaciencia no me asusta! Yo sé que en el fondo sois un pobre hombre... os conozco hace mucho tiempo... sí, sí... Veinte años há ibais á mi tienda... érais mi parroquiano... en Ruan... calle del Puente... el carnero de plata... con el cual me hize yo de oro.

REI. (*colérico.*) Responded. Con qué Adalberto se niega á seguirme? Con qué vos le animais en su rebelion?

Joc. Yo? No tal! Dios me libre de imbuir á nadie malos principios; pero yo raciocino, y me digo que mas vale ser un buen padre de familia, que un mal caballero de Malta... Y francamente, ¿no hay muchos que lo son? Sin que os ofendais... en las encomiendas se hallan á cientos... no se puede dar un paso sin encontrar alguno.—Y luego quereis apoderaros de la juventud mas brillante... mientras nosotros necesitamos maridos para nuestras muchachas. Cáspita! Si os dejasen, solterones del diablo, acabariais por despoblar el mundo! Así, permitid al señor himeneo que repare vuestras faltas.

REI. Muy bien! Ya que mi voz no tiene ningun poder sobre Adalberto, emplearé la fuerza.

Joc. La fuerza? Mal medio! Yo os lo suplico; tened calma. Por qué habeis de ser tan rigoroso con la juventud? No necesitamos todos indulgencia? Yo mismo en mis tiempos... Y á vos tampoco os faltarán algunos pecadillos...

REI. (*furioso.*) Acabemos. He tenido sobrada paciencia en escucharos... Al punto se presentarán aquí mis hombres de armas; Adalberto debe seguirlos, y si se les hace la menor resistencia, si os oponeis un solo momento, lo consideraré como una declaracion de guerra!

Joc. (*asustado.*) Una declaracion de guerra!!!

REI. Aprovechando así la ocasion de vengarme de esta ciudad, que en vez de elegir un amo, debia haberse entregado á nuestra orden. (*Juanilla aparece y escucha.*)

Joc. Qué decis? La guerra!

REI. Ya me habeis oido. Temed ofenderme, ó pronto las armas me harán justicia de todos esos villanos de Ivetot. (*vase por el fondo.*)

ESCENA XV.

JOCELYN, JUANILLA, MARGARITA, ADALBERTO.

Joc. La guerra! Ese azote cruel!

JUA. Sí, la guerra! Viva la guerra! (*bajo á Adalberto.*) La ocasion es excelente, y es menester no dejarla escapar. (*vase vivamente por el fondo.*)

ADAL. Yo, señor, que he aprendido el oficio de las armas, guiaré á vuestros soldados á la pelea.

Joc. No, no, no quiero tal. La guerra! Yo no la comprendo mas que de un modo. Tienen dos vecinos una disputa, y no pueden entenderse... Pues bien, á la normanda... se van á un prado... cada cual con su buen garrote... y allí se rompen las costillas, sin que á los demás les toque nada. Pero disponer yo de la existencia de tantas buenas gentes, y por una causa que no les importa un bledo, por un asunto de familia...! Ver en torno mio viudas y huérfanos... Eso no, jamás, jamás! He aceptado el poder para que vivan felices, tranquilos, y espero cumplir mi promesa con la ayu-

da del señor!

MAR. Sin embargo, si quisierais, solo con decir una palabra...

ADAL. Sin duda, y...

JOC. No insistais, hijos mios; el pobre pueblo ante todo. Adalberto, creedme... cedamos... volved á la encomienda sin dar lugar á que vengan á arrancaros de aquí!

ADAL. A la encomienda? Nunca!

JOC. Acaso vuestro tio agradecerá ese acto de obediencia, y algun dia... (*en este instante se oye tocar á rebato.*)

ESCENA XVI.

Dichos, JUANILLA, DANIEL, habitantes de Ivetot armados con toda clase de armas, y mujeres que se precipitan en la escena.

JUA. Sí, amigos mios, viva la guerra!

TODOS. Viva la guerra!

JOC. Dios mio!

JUA. (*á Adalberto.*) No les quedan gana de volver á los que venian á buscaros.

JOC. Qué has hecho?

JUA. Recibirlos muy amablemente... á garrotazos, y ponerlos en precipitada fuga.

JOC. Somos perdidos!

ADAL. Nos hemos salvado!

JOC. (*á Juanilla.*) Vivora! tú tienes la culpa de todo. Sabes por ventura lo que es la guerra?

JUA. (*con entusiasmo.*) Lo probaré! Amigos, á las armas! Volemos contra el extranjero! Defender la independendencia de la patria es el fin mas noble y mas sagrado! A las armas!

TODOS. A las armas!

JOC. Qué haceis, hijos mios? Escuchadme!!!

JUA. No... no! Ya sabeis nuestra divisa, *vencer ó morir!*

TODOS. Si! sí!

DAN. Sí, morir ó vencer, (*ap.*) ó echar á correr! (*todos blanden las armas y se disponen á marchar, á pesar de los esfuerzos de Jocelyn para contenerlos.*)

ACTO TERCERO.



La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA I.

MARGARITA, *sentada y triste*; ADALBERTO *á su lado.*

ADA. Margarita, querida Margarita, ¿por qué son esos temores? Escuchadme: tranquilizaos. Cuando os digo que esta noche nos ha bastado para organizar un ejército... que yo mismo he señalado los puestos... Además, he hecho cerrar las puertas de la ciudad, y confiado su guarda á Aubriot, un antiguo arquero

con el cual podemos contar. Preséntense los enemigos, y serán bien recibidos.

MAR. (*con temor.*) Y pensais que tardarán mucho en aparecer?

ADA. No por cierto. Un soldado que pasó esta mañana cerca de la encomienda, acaba de decirnos que oyó gran ruido de armas, y el relinchar de los caballos. Tambien se habian bajado los puentes para la salida de los caballeros.

MAR. Y conseguiremos la victoria?

ADA. Estad segura de ello, Margarita, porque el cielo nos protege, porque él aplaude nuestro amor!... Ya nadie puede separarnos, y solo nos aguardan dias de ventura y de prosperidad.

ESCENA II.

Dichos, JUANILLA.

JUA. Cómo! Señorita, vos aqui? No quereis ver lo que pasa en la ciudad? Y sin embargo, es admirable, magnífico! Nuestros habitantes tienen un aire tan marcial, que cualquiera creeria que no han hecho en su vida mas que batirse.

ADA. Qué tal, Juanilla, me doy ó no buena maña para crear héroes?

JUA. Sois un prodigio.

MAR. (*á Juanilla.*) Y tú tambien crees que triunfaremos?

JUA. Señorita, podeis mirarnos ya como vencedores. Asi, yo he arreglado ya todo nuestro plan de campaña.—En primer lugar tomaremos los dominios de la encomienda, y allí reclutaremos nuevos soldados; con esos soldados estaremos ya á la cabeza de un poderoso ejército; con ese ejército nos apoderamos de la ciudad de Ruán, obligando á los nobles y barones á venir á militar bajo nuestras banderas... Llegamos á ser los mas fuertes... nada se nos resiste, y una mañana, sin avisar á ninguno, asaltamos París, y nos hacemos Rey de Francia y de Ivetot.

ADA. (*soriendose.*) Juanilla! Juanilla! Vás demasiado lejos!

MAR. Y mi padre, qué hace? No le he visto hoy aun!

JUA. Desde ayer no ha salido de su cuarto... Está inquieto, confuso. Por fortuna nosotros no nos hemos descuidado durante su inaccion; y hemos adoptado las medidas oportunas para asegurar vuestro matrimonio... y el mio!

ADA. El tuyo, Juana?

JUA. (*reprimiéndose.*) Es decir... esta es una idea que... mas tarde... veremos. En fin, lo primero es batir á los caballeros de Malta, para que seamos siempre grandes, fuertes, y respetados.

ESCENA III.

Dichos, JOCELYN.

JOC. (*sale pensativo, y sin ver á los otros.*) Nada... nada... por mas que me devano los sesos, no hallo medio de evitar la guerra.

ADA. (*acercandose.*) Señor, por qué no quereis participar de nuestra alegría, de nuestras esperanzas?

JOC. (*suspirando.*) Vuestras esperanzas! Ah! Yo no veo como vosotros con los ojos de la juventud!

ADA. Pero los valerosos ciudadanos se hallan animados de un celo, de un ardor...

JOC. Hacen bien... porque no tienen que esperar gracia ni piedad de los caballeros. Batir á los enviados del comendador! Nunca perdonará este semejante ofensa! Que dia, amigos míos, que dia! En vez de lo que yo soñaba para vosotros.. para mi.. esto es, vuestro matrimonio, festejado por la ciudad entera...

MAR. Nada de eso cambiará, padre mio!

JOC. No, si vencemos... lo cual me parece dudoso. Asi, durante la noche he pensado en los medios de conciliacion, y... no me ha ocurrido ninguno.

JUA. (*ap. con alegría.*) Yo lo creo! He dispuesto yo tambien las cosas!

JOC. En fin, ya que lo habeis querido, y que no hay otro remedio... batámonos... y vive Dios que yo no me quedaré en la última fila... procuraré imitar á los demás, aunque la guerra no entrase en mis cálculos.

ESCENA IV.

Dichos, un habitante, despues un hombre de armas.

HAB. Señor, afuera hay un hombre enviado por el comendador.

JOC. Por el comendador? Que entre.

ADA. Qué significa?...

JUA. Quizás sea para pedir la paz... pues nosotros no la queremos!

HAB. (*reapareciendo con el enviado, é indicando á Jocelyn.*) Allí está el Rey.

JOC. (*leyendo el despacho que le entrega el mensajero.*) «Vuestra defensa es inútil. Aun es tiempo; someteos, entregadnos la ciudad, y esa pronta obediencia podrá solamente desarmar nuestra cólera.»

ADA. (*vivamente.*) No lo espereis!

JUA. Entregar la ciudad! Venid á tomarla!

JOC. (*que ha examinado aparte el pergamino.*) No me engaño... el sello... (*alto.*) Adalberto, respondedme, son estas las armas del comendador de Houdeville?

ADA. (*mirando el sello.*) Precisamente.

JOC. Y no puede usarlas ningun otro individuo de vuestra familia?

ADA. No señor; como gefe de la casa de Houde-

ville, él solo tiene derecho...

JOC. (*ap. con alegría.*) Sería posible? Entonces...

ADA. Qué ocurre?

JOC. (*transportado de gozo.*) Qué ocurre, hijos míos? Que ahora estoy como vosotros... lleno de confianza y de satisfaccion! Sí, sí... respondo de ello... hoy venceremos... hoy triunfaremos... y esta será la victoria mas bella!

JUA. Perfectamente! Eso se llama hablar!

ADA. Bien, bien, señor; voy á anunciar esta buena resolucion á nuestros soldados... pues debe animarlos todavia mas, y doblar su valor.

JUA. (*á Margarita.*) Vos, señorita, es menester que acabeis de bordar nuestro oriflama, poniendo en ella la célebre divisa: *vencer ó morir.*

JOC. (*ap.*) Yo adopto otra; *vencer sin morir!* (*Adalberto y Juanilla se van por el fondo: Margarita por un lado.*)

ESCENA V.

JOCELYN, EL ENVIADO, EL HABITANTE.

JOC. (*sentándose á la mesa y escribiendo.*) Por este medio veré al comendador, y entonces sabré... Eso es, eso es... No podrá negarme nada... (*se levanta, arrolla el pergamino, y se lo dà al extranjero.*) Tomad... he aqui mi respuesta... llevadla pronto. (*al habitante dándole otro escrito.*) Tu vé á entregar esta orden á Aubriot, que defiende la puerta grande de la ciudad... y dile que me obedezca al instante... sin vacilar, sin reflexionar... que yo lo mando! Anda, anda!

ESCENA VI.

JOCELYN, solo.

Alabado sea Dios! Respiro! Pobres muchachos!.. Cual será su sorpresa, su inquietud cuando vean... Y en efecto, es muy nueva mi manera de combatir. No importa: todo me preságia que será excelente. Sí, sí; la felicidad para ellos... y para mi... Juanilla... mis antiguos proyectos... Justo es que yo tenga tambien mi parte de ventura! (*viendo á Daniel que sale por el foro.*) Hola, tú por aquí, Daniel?

ESCENA VII.

JOCELYN, DANIEL.

DAN. Yo... si señor... y quisiera...

JOC. Vamos, ya veo que tienes algo que pedirme, con que asi, despáchate. Por otra parte, no elijas mala ocasion, porque ahora estoy de buen talante.

DAN. (*tristemente.*) Si, si, vos estais tranquilo con vuestros fosos y zanjas; pero yo... yo he

reflexionado... y no debeis alucinaros, majestad... dentro de dos ó tres dias será conquistada Ivetot, y vos tambien.

JOC. Es decir, que yo estoy por conquistar!... Gracias. Tranquilizate, lo que me anuncias... sucederá mucho antes.

DAN. Pues bien, por eso vengo á suplicaros que aprovecheis el poco tiempo que os queda para hacer mi felicidad. Casadme!

JOC. Casarte? Un tercer matrimonio!... Que me place!

DAN. Aun sois el amo aqui... aunque no durará mucho ciertamente. Asi, sed servicial... y en la desgracia que os espera... cáspita, podreis decir, «He merecido el afecto de Daniel...» Y eso os consolará!

JOC. Acabarás, hablador?

DAN. Ordenadla, exijidla que se case conmigo.

JOC. A quién?

DAN. A la señorita Juanilla, vuestra doncella.

JOC. (*sorprendido.*) A Juanilla? Pero si ella nunca ha pensado en ti, amigo mio!

DAN. Si que no!

JOC. (*impaciente.*) Lo sé por muy buen conducto.

DAN. Sin embargo, me adora... me ha prohibido que hablase á nadie del particular... mas como ya hace seis meses que la cosa dura, me voy quedando flaco, en la espina, de tanto callar.— Por las noches, cuando ella vá á la fuente por agua... la espero allí, y la traigo el cántaro.

JOC. De veras?

DAN. Y los domingos, al salir de la iglesia, nos dirijimos palabritas dulces como la miel... Luego, despues de visperas... y luego en el baile, nos damos unos apretones de mano, que ya, ya... como que Juana chilla algunas veces. Con todo, á pesar de eso, siempre dilaciones, dudas... hoy te digo que si... mañana te digo que no... De manera que yo no comprendo...

JOC. (*ap.*) Ni yo tampoco comprendía, necio de mi!

DAN. Por último, una hora antes de que nos enseñase aquel escrito que os nombra nuestro amo...

JOC. Si; el testamento del difunto Rey...

DAN. Pues bien, antes me habia dicho Juanilla; «si, serás mi marido, Daniel y esta vez es cosa hecha, decidida...»

JOC. (*ap.*) Ya! La curiosa no habia abierto aun el cofre!

DAN. Oyendo estas palabras, me puse tan contento creyendo que no podia desdecirse.. Toma! Como que se dejó dar un abrazo en celebridad!

JOC. Hola, hola!

DAN. Y bien apretado... como que duró diez minutos!— Siguiendo mi historia, he aqui que al dia siguiente se llama andana...

JOC. Con que al dia siguiente te rechazó?

DAN. Y con un tono!... Y hoy tambien... ni

mas ni menos que si fuese nuestra Reina!

JOC. (*ap.*) Eso es! Eso es! Ahora veo claro! La ambiciosa no queria sino el poder! Y yo pensaba que á pesar de mi barba gris... Ah! Juanilla! Juanilla!

DAN. Y bien, señor, cuando será mi boda?

JOC. Tu boda? Veremos.

DAN. Es que mas tarde... seria demasiado tarde!

JOC. No, no! Aunque eres un simple, has adelantado en tus asuntos mas de lo que supones.

DAN. Simple yo? Qué calumnia!

ESCENA VIII.

Dichos, MARGARITA, JUANILLA Y ADALBERTO.

JUA. Bondad divina! Misericordia! Qué acabo de saber! Esa orden que habeis enviado á Aubriot.. Estais loco? Mandar abrir las puertas de la ciudad á los enemigos!

JOC. Si, para que entren mas facilmente.

DAN. (*ap.*) Adios matrimonio!

JUA. Y es eso lo que nos habiais prometido poco ha? Funesta ceguedad! Horrible locura!

JOC. Silencio, chiquita!

JUA. No señor, no; me rebelo... me insurrecciono... me pronuncio! Recojo mi juramento de obediencia y fidelidad!

JOC. Silencio os digo, y no os metais en los asuntos de mi reino, ú os haré poner en un buen calabozo á vos y á vuestra lengua... á vuestra lengua sobre todo.

JUA. Eso no me impedirá hablar! Eso...

JOC. Pues bien, sabedlo, como audaz y esforzado campeón, espero aqui al comendador de Houdeville, porque le he citado á singular combate.

MAR. Vos, padre mio?

ADA. A singular combate?

JOC. Si! (*ap.*) Y será verdaderamente un combate singular!

ADA. Oh! No lo permitiremos nunca! Presentad la batalla al frente de vuestro ejército; mas no espongaís solo esa preciosa vida!

UN HAB. (*anunciando.*) El caballero Reinaldo de Houdeville!

TODOS. Ah!

ESCENA IX.

Dichos, REINALDO Y OTROS CABALLEROS.

REI. Obediente á las leyes del honor, llevo á la cita que me habeis dado: marchemos, pues, al palenque, y os juro que se respetarán los altos juicios de Dios.

JOC. Antes de que se verifique, necesito hablaros á solas.

REI. Y para qué?

JOC. Es indispensable. Hijos míos, dejadnos.

MAR. Oh! No! No! Padre mio! (*abrazándole.*)

JOC. (*apartándola de sí.*) Te lo aseguro, Margarita mia, solo se trata de tu felicidad!.. (*Mar-*

garita, Juanilla y Adalberto consternados se apartan de Jocelyn, despues de abrazarle sucesivamente; y salen del salon con lentitud.)
 REI. (á los que le siguen.) Retiraos.

ESCENA X.

JOCELYN, REINALDO.

REI. Ya estamos solos... y os escucho.

Joc. Tanta prisa tengo yo como vos, señor caballero; pero antes del combate, es necesario arreglar bien sus condiciones.

REI. Hablad!

Joc. Se entiende que el vencedor dictará sus leyes al vencido.

REI. (con impaciencia.) Ese es el uso.

Joc. Pues he aqui lo que yo exijo: Adalberto se casará con Margarita despues de vuestra derrota.

REI. (con ironia.) Despues de mi derrota? Consiento en ello! Mas despues de la vuestra, Ivetot pertenecerá á nuestra órden.

Joc. (imitando á Reinaldo.) Despues de mi derrota? Consiento en ello! Ahora, vuestra mano, caballero, como prenda de la fé jurada.

REI. Tomadla!

Joc. Muy bien; ábrese la liza.

REI. Una vez que lo quereis, sea. He debido aceptar el campo cerrado, porque me lo ordenaban los deberes de la caballeria. Pero el resultado de este combate desigual no es dudoso. Mi vida entera consagrada á la guerra, mientras que la vuestra... Reflexionadlo, y no querais sacrificar vanamente vuestra existencia, para disputarme lo que es mio.

Joc. Eso creéis? Pues yo pienso todo lo contrario.

REI. Entonces, decídanlo las armas. (va á marcharse.)

Joc. Para qué os marchais? Este es el lugar del combate.

REI. Aqui?

Joc. Vuestras armas serán la daga, el hacha, todo lo que gustéis; las mias son mis recuerdos!

REI. Esa chanza...

Joc. Hablo formalmente, y juro ante Dios que dareis gracias al cielo por haberme escuchado.

REI. (ap-) Qué querrá decir?

Joc. Ahora es realmente cuando se abre la liza.

Antes de ser Rey, tenia yo, como no ignorais, un almacen de paños en Ruan. (Reinaldo hace un movimiento de impaciencia.) Aun no son mas que los preludios del combate, pero pronto atacaré.—Cierta Domingo, hará unos diez y siete años de esto, despues de haber cerrado mi tienda, tanto para descansar de mis faenas como para conformarme con las santas leyes de la iglesia, fui con Berta mi mujer, á una granja que poseia casi á la salida de la ciudad. Despues de haber pasado alegremente el dia, departiamos con toda tranquilidad junto

al fuego, cuando de pronto creimos oir gemidos á nuestra puerta: levántome yo, corro á abrir, y veo una pobre muchacha, pálida, vacilante, muerta de cansancio y de hambre. Mis cuidados, y los de mi esposa, no tardaron en reanimarla un poco. Infeliz criatura! Víctima de la seducción, maldecida, rechazada por su familia, hacia ya muchos dias que erraba por el campo, sin haberse atrevido siquiera á pedir asilo á nadie!

REI. (conmovido.) Acabad, señor, acabad!

Joc. Ay! Aquella misma noche, viendo Dios sus sufrimientos, quiso abreviarlos llamándola á sí, y la desventurada murió en nuestros brazos murmurando una súplica por el padre de su hijo! (movimiento de Reinaldo.) Sí, abandonaba la tierra dejándonos una niña que acababa de dar á luz!

REI. (con emocion creciente.) El nombre de esa infeliz madre... por favor, decidme su nombre!

Joc. Su nombre! Yo lo ignoro! He educado á su hija, y la he amado. Nunca he querido conocer ni hablar al seductor! Quién sabe! Con el fin de ocultar su falta, me hubiera arrancado quizás la hija de su víctima, para sepultarla por siempre en un claustro! Hoy conozco ya á ese hombre, y ha llegado el instante de decirlo todo. No tengo mas que un arma, pero me serviré de ella. Hablaré... sí, hablaré delante de todos los que le rodean, y le veneran.. Si se atreviese á negar su crimen... (sacando la cadena de antes.) Arrojaré entonces á sus pies una joya, prenda del amor que habia ofrecido á la pobre madre, y le diré: «Noble caballero, reconocéis estas armas? Es vuestra esta cadena?»

REI. (reconociéndola.) Cielos! Matilde! Era ella! Mas decidme, vive aun esa niña? Puedo alimentar la esperanza de abrazarla?

Joc. Sí, vive!

REI. Ah! Os doy gracias, Dios mio! Al fin me concedes antes de morir lo único que anhelaba! Conducidme, conducidme á su lado, dejádmela contemplar siquiera una vez!

Joc. Qué tal? No os dije yo que mis armas valian mas que las vuestras? No os dije que os venceria?

REI. No me dilateis el placer que aguardo! Yo os lo ruego, yo os lo suplico! (poco antes aparecen Margarita, Juanilla y Adalberto con algunos habitantes, observando desde la galeria con curiosidad: Jocelyn los ve y los hace seña de que se acerquen.)

Joc. Venid, venid, hijos mios... (muy alegre.)

ESCENA XI.

Dichos, MARGARITA, JUANILLA, ADALBERTO, DANIEL y habitantes de Ivetot.

MAR. (corriendo hacia su padre.) Habeis alcanzado algo?

JOC. He alcanzado... la felicidad.

MAR. Qué decís?

ADA. Cómo!

JOC. No mas penas, qué diantre! Ya no tenemos ningun enemigo... *(estrechando la mano de Reinaldo.)*

REI. Es cierto! *(bajo.)* Y dónde está ella?

JOC. *(bajo.)* Prudencia, prudencia! Puedo satisfaceros sin descubrir nada... Acordaos del sagrado carácter de que estais revestido! *(á los habitantes.)* Segun mis deseos, tambien tendremos paz; solo contigo, Margarita mia, es rigurosa la suerte; mas para conjurarla tengo un talisman poderoso.... esta cadena que tu madre llevaba al cuello cuando te dió á luz! *(mirando al comendador, pone á Margarita la cadena, quien la lleva á sus labios.)*

MAR. Madre del alma!

REI. *(muy conmovido, por lo bajo á Jocelyn.)* Luego mi hija... es esa?... No me engañais?

JOC. No!

REI. Mi hija! Y no puedo estrecharla entre mis brazos!

JOC. Es verdad! Sin embargo, con un poco de maña, si quisiérais, podriamos encontrar un medio...

REI. *(vivamente.)* Suscribo á todo!

JOC. *(en voz alta.)* Sí?... Pues, señor comendador, abrazad á vuestra sobrina.

MAR. *(corriendo á precipitarse en los brazos que el comendador le abre.)* Es posible!

ADA. Gracias, tio mio! *(arrojándose á sus pies.)*

JOC. Hijos, a sereis esposos... lo mando, yo l Rey.

JUA. Con que seguís siéndolo? *(muy alegre.)*

JOC. Mas que nunca, querida.

JUA. *(con orgullo.)* Y nos quedamos en el palacio?

JOC. No... nos volvemos á mi casita. Y como sé que tú no vivirías allí contenta, como no ignoro que te gustan el fausto y el esplendor...

JUA. Permaneceré aquí? *(ap.)* Seré Reina!

JOC. No... Te aconsejo que te hagas molinera!

JUA. *(confusa.)* En efecto... Yo solo amo á Daniel... por él hubiera despreciado una corona... todos los tesoros del universo!

DAN. De veras?

JUA. Sí, bien mio! *(ap. suspirando.)* Mas vale casarme con él, que quedarme soltera!

JOC. Qué, Juanilla, no merezco que te despidas de mi?

Vamos, pídemelo algo, si, que concedértelo ofrezco.

JUA. No señor, solo apetezco, viendo mi ambicion burlada, que á la pobre jubilada que sin destino se queda, el público la conceda al menos una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid, 1846.

Imprenta de D. Vicente De Valama,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

